

## LAS VOCES CALLADAS

Gabriela Gachassin

Universidad Nacional de las Artes

*gabrielagachassin@gmail.com*

En un mundo globalizado, en el que los procesos identitarios se disipan, o por lo menos se intangibilizan, Portillos busca un camino para encontrarlos. Un sendero que mediado por el arte y sus lenguajes, en transversalidad con otras disciplinas no artísticas, indaga en el ser americano, sin dejar de lado la “obligada” comunión con lo eurocentrado. Es en este punto, en el que la obra redime un devenir civilizatorio, que parte del mal llamado “descubrimiento de América”: América no fue descubierta, pues ya estaba aquí.

Nos muestra además, una particular forma de “hacer arte”, en donde por una parte, lleva el espacio religioso fuera de su ámbito, configurando una originalidad en este ejercicio y, por otra compromete en cada evento al público, que no ha reflexionado su incorporación como productor de un hecho artístico. En este último aspecto, es interesante destacar el rol del espectador, que es activo y pasivo a la vez y que, reconoce que se encuentra en el ámbito del arte por el lugar en el que se halla; pero a la vez no es consciente de que forma parte de una obra.

No son muchos los artistas argentinos que proponen una introspección a nuestro “ser humano”; a los modos en que se presentan aspectos esenciales en conflicto.

En el caso de Portillos, intenta una y otra vez, adentrarse en una suerte de pasado y presente mítico, recreando de diversas formas una humanidad que por momentos parece perdida, teniendo en cuenta la forma en la que vivimos nuestras vidas. Globalización, *mass* media, tec-

nología nos atraviesan diariamente y casi sin darnos cuenta quedamos ligados a las bendiciones de una modernidad tardía, que ha dejado a los hombres en el último de sus planos, como veremos descentrados: porque se ha perdido el centro, desde donde vemos las historias personales, las de los pueblos o las sociedades.

En un mismo punto ubicamos tristeza, alegría, dolor, placer; por lo tanto arribamos a la fragmentación, a la desorientación. Lo que ocurre en un “aquí y ahora” en cualquier parte del globo, tiene una consecuencia casi inmediata a miles de kilómetros y por supuesto es algo que claramente escapa de nuestras manos. No somos más dueños de nosotros mismos, de la naturaleza que otrora creímos manejar. Entonces sólo nos queda este *ser humano* sin mediatización de ningún tipo.

Una actualización de un pasado religioso es un presente desacralizado, que lleva al hombre al desconocimiento y hasta la negación del remoto pretérito de su creación. En este sentido, el maestro nos re-liga con una naturaleza humana que se ha extraviado en algún momento. La simbología que habita en sus obras se nos presenta y revela las preguntas trascendentales, las que nunca dejaremos de hacernos. Este arte, en tanto experiencia vital nos responde, nos pone en crisis. Si conocer en el arte es experimentar previamente, si la subjetividad es una construcción que se amalgama en la producción de la obra, conocerla requiere, a la vez, de una acción mayor, la de comprender. Solamente al comprender podemos incluir en simultaneidad los actos de crear y someter a un tipo de conocimiento —el artístico—. Esta comprensión rompe con las barreras de los conocimientos encriptados, de la fragmentación de todo análisis, de la separación casi brutal entre sujeto y objeto artístico. Nos lleva a otros campos de conocimientos, a otras experiencias, nos devuelve la plenitud necesaria que hay en toda cultura, en este caso de la riqueza cultural que nos habita en América Latina.

Sus obras “hablan” de un intento de reforzar la identidad, en un contexto pluricultural, espacio de identidades en tránsito, como afirma Ticio Escobar. Espacio en el que la razón coexiste con el mito, que nunca responderá a lógica racional de un “primer mundo” empeñado

en mostrar nuestra diferencia como lo exótico, lo kitsch... reforzando de este modo aquella despreciable idea de “los otros” como nosotros, los que están en las márgenes...los que transitan una modernidad en el mejor de los casos “paralela”.

Es en este punto en el que las obras de Portillos presentan la re-dención de nuestro arte, sin la menor ambición de un reconocimiento que vaya más allá de los límites de nuestra América diferente o, simplemente de quienes las conocen. Obras que nos permiten, alejada del logos eurocéntrico -insisto aquí-, la armoniosa coexistencia del mito y la filosofía, en tanto ambos se han abocado a responder acerca de las mismas cuestiones. Nos encontramos con la pertenencia perdida, sobre todo en aquellos rituales que corresponden a religiosidades populares que revelan nuestro pasado indígena y la mezcla con lo afro. Tal el caso de sus obras *Ceremonia a la Pachá Mama*, *Espacio ecuménico*, *Monumento escultórico de los pueblos de América*, que pugnan contra lo sistemáticamente negado, invisibilizado o callado, desde el discurso hegemónico.

Especulando con Enrique Dussel, entonces, es necesario alejarnos del obsoleto discurso iluminista y repensar la Historia desde Latinoamérica, aportando a la misma el lugar hurtado por el eurocentrismo. En este caso, en una suerte de deslizamiento hacia el arte, aunque sin perder la pertinencia y el anclaje de la obra del Maestro. Su propuesta se ajusta a la necesidad por parte del arte latinoamericano de un replanteo de su situación y pertenencia. Es importante encontrar una visión de su obra, que se distancie de los análisis de la hegemonía cultural, para abordarla a la luz de lo latinoamericano.

En tal sentido, es imprescindible abordar el *ethos* barroco, debido que nutre, sustenta toda esta producción de Portillos o, más bien, toda la construcción de sentido que emerge con él.

Se persigue señalar, la unión de la filosofía, el mito, el *ethos* barroco que subyace en la formación de nuestra identidad; habida cuenta que se evalúa en sus obras el mestizaje como producto de una articulación en la que, se encuentra presente lo puramente americano y el aporte europeo. El Barroco es reproducido en América por los españoles y

los portugueses, no sólo como estilo artístico, si no como modo de dominación; transformado por pueblos originarios y afroamericanos, inmediatamente de su recepción, reapropiado y resemantizado hasta constituirse en un elemento de contraconquista frente al colonialismo y la colonialidad, dando forma al Barroco Americano como elemento de contramodernidad en una dialéctica de siglos.

El Barroco Americano gana presencia conceptual con los estudios críticos de la literatura hispanoamericana, lo que permite retomar las aperturas tempranas cubanas, peruanas, mexicanas y brasileñas, contemporáneas a los entrelugares de las expresiones de las vanguardias artísticas del siglo XX. Es un barroco de resistencia (antes que el originario religioso conservador europeo), que utiliza los soportes materiales provistos por la naturaleza y las formas culturales mezcladas durante varios siglos de servidumbre y esclavitud coloniales. Y tiene todo el territorio de América Latina para expresarse artísticamente desde el primer momento de los conflictos, choques y cruces culturales producidos por la conquista y colonización. Entendiendo esto como estrategias de contracultura (Bolívar Echeverría) y de “resistencia cultural” (Ticio Escobar), en contextos de heterogeneidad (Cornejo Polar) e hibridación (G. Canclini).

Su presencia, en las obras, se manifiesta en el mestizaje con el que las mismas se configuran, develando el producto de este proceso como un devenir de más de quinientos años, aunque no sólo como estilo artístico. Por ello y, teniendo en cuenta la pluralidad de elementos que lo conforman, en el sentido de “contraconquista” y “contramodernidad” -como conceptos mencionados en el párrafo anterior-, quedan al desnudo estéticamente multiplicidades de signos propios y ajenos. Señalaremos que hay un rescate en las obras de elementos originarios y extraamericanos que a su vez se presentan como *signos* expresivos y propios del arte: visuales, sonoros, corporales... Todos ellos trasladan a un “presente” las obras centenarias, emergiendo lo plutónico, lo iridiscente, lo flamígero de lo que nos habla Lezama Lima. Configuración de un *ethos* que las habita a la par de las transformaciones sociopolíticas de la región.

Pasado mágico y mítico de una América Latina que se desnuda en estas obras, morada por los pueblos originarios, invadidas por la conquista, arrasadas por la enculturación; pero es nuestra América que nunca perece, que siempre muestra un nuevo costado, una policromía que el Maestro sabe transformar en el cruce intercultural con el que trabaja.

Portillos ha dedicado su vida, su arte, a lo que podríamos decir es la recuperación de la memoria de lo que la occidentalidad ha querido invisibilizar, callar... Nunca ha olvidado que su producción artística se ha desarrollado en Latinoamérica, su búsqueda es a partir de la identidad en conflicto; de allí su particularidad en cada obra, en cada paso.

Portillos exhorta a la conciencia del hombre de estas latitudes a pensarse de nuevo. A mirar dentro de nuestro continente y, en ese ejercicio re-pensarse. Una suerte de ecumenismo con nosotros mismos, con nosotros que nos hemos olvidado ya de quienes somos.

Con un carácter colectivo, social y, hasta político plantea su búsqueda, indagando sobre diferentes resortes que permiten arribar a diversos planos en la lectura. Además de adentrarse en la historia, interpelándola, su Arte se alza imperturbable dando testimonio de cinco siglos de una irrenunciable historia de una modernidad disonante, paralela, una modernidad que, persistentemente ha sido callada.